

El peor verano de los últimos 30 años

Con los datos disponibles hasta el pasado 20 de septiembre, el verano de 2018 es ya el peor verano en materia de incendios forestales desde 1985: más de 437.000 hectáreas de superficie quemada, 346.000 de ellas forestales, y un saldo de 33 fallecidos, 22 de los cuales formaban parte del operativo de extinción de incendios

El verano de 2018 ha entrado a formar parte ya de la estadística de incendios forestales en España, con el dudoso honor de ser el segundo peor año de la historia desde que se tienen registros. El fuego ha arrasado más de 437.000 hectáreas y las primeras evaluaciones de las consecuencias económicas hablan de cientos de miles de millones de euros en pérdidas por propiedades e infraestructuras arrasadas por el fuego, amén de los enormes daños en los bienes y servicios ambientales de los montes calcinados. A estas pérdidas hay que añadir el enorme daño a la imagen del sector turístico español, con más de 32.000 personas desalojadas de sus residencias, hoteles, campings, campamentos de verano y urbanizaciones, en algunos casos en famosos y prestigiosos destinos turísticos.

Este verano deja también en evidencia a las administraciones públicas españolas y su nula capacidad de prevención, anticipación y gestión del riesgo de incendios forestales, pese a ser un fenómeno recurrente e inherente a la región mediterránea.



Bomberos luchando contra las llamas, agosto 2018 / © Calamar2/Pedro ARMESTRE

Causas: maquinaria agrícola, negligencias, rayos e incendiarios

Pese a las numerosas diligencias abiertas por delito de incendio forestal y el ingente trabajo de las Fiscalías de Medio Ambiente, todo apunta a que las causas de ignición este verano han sido las habituales en el pasado.

Las rayos caídos durante las tormentas secas originaron incendios de Teruel, Albacete y Valencia; las cosechadoras volvieron a generar incendios en ambas Castillas y Aragón; espectáculos pirotécnicos y los "farolillos de la suerte" estuvieron detrás de numerosos incendios en todo el Levante; las quemas de rastrojos, ilegales, mantuvieron en vilo a la guardería forestal todo el verano; barbacoas y colillas aparecen como causas posibles en varias diligencias abiertas por el Seprona en Ávila y Cáceres; el mal mantenimiento de los tendidos eléctricos provocó tres macroincendios en Barcelona, Castellón y Málaga.

Olas de calor y sequías extremas: el cambio climático ya está aquí

Las situaciones meteorológicas vividas este verano, con cuatro olas de calor de intensidad y duración inusuales, coinciden con los modelos y predicciones de los expertos en cambio climático. "Ya ocurrió durante el verano de 2015, y dijimos que volvería a pasar, pero nos acusaron de alarmistas" han declarado fuentes consultadas por este periódico.

En la primera gran ola de calor del verano, la de principios de julio, se batieron varios record históricos y el termómetro se mantuvo durante 7 días seguidos por encima de 39 °C. Las tormentas secas y los rayos provocaron grandes incendios en Teruel, Albacete y Valencia, y las condiciones de temperatura y viento hicieron muy difícil la extinción de los numerosos incendios provocados por cosechadoras y otros de causa desconocida.

Los peores y más devastadores incendios, los del interior de Valencia, la Comarca del Bagés (en Barcelona) y la Sierra de Moratalla (Murcia), tuvieron lugar en condiciones meteorológicas extremas, en especial con la posición sobre el oriente peninsular de una masa de aire caliente africano, con temperaturas muy altas alcanzadas en el aire por debajo de 1.500 metros, que se sumó a la larga sequía de los años anteriores.

Diversos expertos consultados recuerdan que las proyecciones sobre el impacto del cambio climático en los ecosistemas forestales mediterráneos ya advertían de lo que se avecinaba, en especial tras un periodo prolongado de sequía en la península ibérica. Los últimos tres años ha sido un periodo extremadamente seco y durante el año pasado, 2017, la precipitación anual media de España alcanzó el segundo valor más bajo de toda la serie desde 1940.



Vista aérea de la zona afectada por el incendio, julio 2018 / © Calamar2/Pedro ARMESTRE

Caos en el operativo de extinción: el impacto de los recortes

Como ya ocurriera en veranos que creíamos lejanos, el carácter simultáneo de los incendios del pasado verano desbordó el operativo de extinción, en especial debido a la simultaneidad de mega-incendios en áreas fuertemente pobladas, lo que generó una demanda de medios aéreos imposible de satisfacer.

El operativo de extinción tuvo que reconocer que la extinción dependía en buena medida del cambio de las condiciones meteorológicas; se produjeron

tormentas de fuego y la aparición de numerosos focos secundarios separados hasta dos o tres kilómetros del foco principal, resultando inútiles los cortafuegos y líneas de defensa creados para detener el fuego.

La toma de decisiones fue muy cuestionada, en especial debido a la merma producida en el operativo de incendios, tras una década de recortes y precarización laboral del colectivo dedicado a la prevención y extinción de incendios.

Ciudadanos de espaldas al riesgo de incendios

Expertos en extinción consultados por este periódico afirman que no solo hay más superficie forestal, sino que cada vez es más difusa la línea que separa la superficie forestal con viviendas y urbanizaciones ubicadas fuera de los núcleos rurales, la famosa "interfaz urbano-forestal". El aumento de este nuevo espacio de interfaz se está traduciendo en un incremento de los episodios de fuego urbano-forestal en España, algo que se ha podido constatar este verano en Cataluña, Castellón, Málaga o Galicia.

Y la ausencia de los obligados planes de autoprotección en urbanizaciones y viviendas aisladas en el medio rural ha vuelto a poner el dedo en la llaga sobre la permisividad de la administración en el aumento del riesgo en estos espacios y el reiterado incumplimiento de la ley en estas situaciones.

EDITORIAL

Hace falta un cambio de paradigma

Pese a ser un fenómeno recurrente, la ausencia de políticas territoriales que aborden conjuntamente con la población la reducción del riesgo de grandes incendios forestales está detrás de lo que hemos vivido este verano.

Los poderes públicos llevan décadas ignorando y subestimando el papel del fuego en el ámbito mediterráneo, fenómeno que no solo modela y mantiene el paisaje, sino que ha permitido que nuestro territorio sea rico en biodiversidad. Pero en ausencia de una gestión del paisaje que tienda a la imitación a pequeña escala del régimen natural de incendios (a través de las quemas prescritas, explotación forestal, extracción de biomasa para uso energético, ganadería extensiva, etc.), serán los grandes incendios forestales como los vividos este verano los que acaben gestionando de manera brusca y dañina nuestro territorio. Y a un coste económico mucho más alto.

El peligro no son los incendios forestales en general, no es el fuego. El verdadero peligro son las perturbaciones extremas, los incendios de alta intensidad, los incendios incontrolables debido al cóctel formado por acumulación y continuidad del combustible, abandono rural y cambio climático.